

Editorial invitado

Bet Bàrbara Sirera

Miembro del Consejo Asesor Editorial de la RTS. Trabajadora social. Servicio de Acción Comunitaria del Ayuntamiento de Barcelona

Antes que nada, quería agradecer la confianza al invitarme a escribir este editorial. Este número de la RTS se publica en un contexto radicalmente convulso a raíz de la pandemia de la Covid-19 y su impacto, y es una oportunidad para compartir algunas reflexiones con los lectores y lectoras.

Esta es una crisis con múltiples dimensiones: sanitaria, social y económica, y sus consecuencias harán que afloren todavía más situaciones de pobreza y de vulnerabilidad que, aunque ya existían, se multiplicarán en el futuro. Nuevos retos para el Trabajo Social que generan oportunidades de reflexión y de cambios, pero también de confrontación con sus límites.

En primera instancia, ha sido el sistema sanitario quien ha tenido que afrontar el reto de dar respuesta a esta situación; inmediatamente después le toca el turno al sistema de servicios sociales. ¿Dónde recaen las consecuencias más graves de este problema de salud? En los barrios más empobrecidos, con personas que se encuentran en situación de pobreza económica y relacional, donde hay más situaciones vulnerables. Ante esta situación, las desigualdades sociales se incrementan, lo que deja todavía más al margen a personas que ven vulnerados sus derechos y cómo aumenta la dificultad para acceder a los recursos.

Este contexto sitúa el Trabajo Social en el reto de atender a las personas, de acompañarlas en su proceso de mejora. Pero en este proceso se hará imprescindible una vez más reflexionar desde dónde y cómo queremos intervenir. En momentos de crisis hace falta una respuesta rápida, lo que nos lleva a intervenir de forma asistencial para atender y garantizar los mínimos recursos necesarios, como la alimentación, cuando los derechos de las personas más vulnerables no están garantizados. Esto nos sirve para parar el golpe. Ahora bien, hay que velar para que el hecho de parar el golpe no se convierta de nuevo en un modo de hacer y para que, aunque sea de una forma enmascarada, no sea la base sobre la cual trabajamos.

Ante retos complejos, ¿respuestas simples o complejas? Quizás podríamos discutir la respuesta, pero estaremos de acuerdo que para poder afrontar una situación complicada tenemos que desgranarla para poderla entender y buscar pequeñas soluciones. A veces, la suma de todas ellas nos llevará a encontrar respuestas.

Sean pequeñas o grandes, lo que sabemos seguro es que estas respuestas no las podemos encontrar solas, puesto que todo está interconectado y las consecuencias de las desigualdades se plasman en todos los ámbitos de la vida. Por lo tanto, no se pueden dar respuestas por separado desde cada sistema de la política pública ni se puede trabajar aisladamente.

Necesitamos respuestas colectivas, construidas colectivamente con diversidad de actores profesionales y ciudadanos, organizados o no, que de una forma coproductiva busquen soluciones para mejorar el bienestar de las personas. Necesitamos garantizar derechos, y mientras no los tengamos garantizados deberemos facilitar y dar recursos a quienes más lo necesiten, y aquí hará falta generosidad. Nos tocará atender individualmente y saber acompañar, sin juzgar, no viendo solamente el aspecto vulnerable del otro sino también su potencialidad. Habrá que ser exigente con uno mismo y con el otro, sin equivocarnos en el análisis: responsabilidad individual entendida en el marco de una estructura social y económica con grandes desigualdades.

Justamente, para crear nuevas realidades se necesitará una manera de trabajar firme, con grupos y con comunidades. Pongamos el Trabajo Social al servicio de la construcción de comunidades, fuertes y vertebradas, donde los vínculos y las relaciones sociales sean elementos clave para fortalecer comunidades a partir del apoderamiento individual y colectivo de los ciudadanos y ciudadanas. La emergencia llama a la solidaridad, y las múltiples redes comunitarias que se han creado para dar respuesta son un buen ejemplo de ello. Pero no partíamos de la nada, llevábamos un buen trecho en proyectos y redes comunitarias y estas nuevas formas de trabajo colectivo, basadas en la solidaridad y la autoorganización social y vecinal, amplían el abanico. Esperamos que sean el embrión de una nueva manera de trabajar desde la conciencia colectiva. No podemos hacer una lectura simple diferenciando los que necesitan ser ayudados de los que ayudan; porque esta no es la visión transformadora que queremos desde el Trabajo Social. La atención individualizada de las personas más vulnerables también puede ser palanca de proyectos comunitarios, y de este modo todo el mundo se convierte en participante y parte actora de las distintas respuestas colectivas que se llevan a cabo. Nos toca reflexionar sobre formas de atención social más autónomas, y esto tiene que llevarse a cabo corresponsabilizando a las personas y a los colectivos. Tenemos que otorgarles un papel más significativo en su proceso de mejora y de responsabilidad en la respuesta de sus necesidades.

La situación actual es una oportunidad para revisar los servicios de atención social y la articulación entre ellos. Es la oportunidad para incorporar la perspectiva comunitaria superando la lógica de la atención individualizada como único elemento necesario para la promoción y la mejora de las condiciones de vida de la gente. Tenemos que trabajar desde la comunidad y con la comunidad. Aprovechemos este contexto, pues, para confrontar los límites y las oportunidades del Trabajo Social en la respuesta y superación de este nuevo reto.

Finalmente, no querría cerrar este editorial sin alentar a los trabajadores y trabajadoras sociales a escribir, a dejar rastro de lo que somos y de lo que hacemos. Somos un colectivo que, gracias a la posición privilegiada que nos otorga nuestro trabajo, tenemos capacidad para reflexionar y repensarnos ante los retos sociales que tenemos que afrontar. Que nadie escriba por nosotros. ¡Nosotros tenemos mucho que decir!